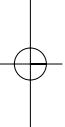
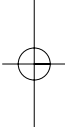


---

—Uno no lo desea, pero prefiere siempre que muera el que está a su lado, en una misión o en una batalla, en una escuadrilla aérea o bajo un bombardeo o en la trinchera cuando las había, en un asalto callejero o en el atraco a una tienda o en un secuestro de turistas, en un terremoto, una explosión, un atentado, un incendio, da lo mismo: el compañero, el hermano, el padre o incluso el hijo, aunque sea niño. Y también la amada, también la amada, antes que uno mismo. Todas esas ocasiones en las que alguien cubre con su cuerpo a otro, o se interpone en la trayectoria de una bala o de una puñalada, son excepciones extraordinarias y por eso se destacan, y la mayoría son ficticias, están en las novelas y en las películas. Las pocas que se dan en la vida son impulsos irreflexivos o dictados por un sentido del decoro aún muy fuerte y cada vez más raro, hay quienes no podrían soportar que su hijo o su amada se fueran al otro mundo con la idea última de que uno no impidió su muerte, no se sacrificó, no dio su vida por salvar la de ellos, como si se tuviera interiorizada una jerarquía de vivos que ya va quedándose anticuada y pálida, los niños merecen más vivir que las mujeres y las mujeres más que los hombres y éstos más que los ancianos, algo así, así era antes, y esa vieja caballerosidad pervive en algunas personas, cada vez



en menos, en los de ese decoro tan absurdo si bien se mira, porque, ¿qué debería importar el pensamiento último, el despecho o la decepción fugaces de quien un instante después ya estará muerto, sin más capacidad de decepción ni despecho ni de pensamiento? Es verdad que aún hay unos pocos que tienen esa preocupación arraigada y a los que eso importa, y que por lo tanto actúan para el testigo a quien salvan, para quedar bien ante él o ella, y ser recordados con admiración y agradecimiento eternos; sin acordarse de veras en el decisivo momento, sin plena conciencia entonces, de que nunca disfrutarán esa admiración ni ese agradecimiento, porque serán ellos quienes un instante después ya se habrán muerto.

Y mientras él hablaba me vino a la cabeza la expresión difícilmente comprensible si no intraducible, que por eso no dije en el acto, me habría llevado un rato explicársela a Tupra: ‘Es lo que nosotros llamamos vergüenza torera’, me acudió al pensamiento, y en seguida: ‘Claro que los toreros cuentan con un montón de testigos, una plaza entera más millones de telespectadores a veces, y puede entenderse mejor que piensen: “Yo de aquí salgo con la femoral reventada, yo de aquí salgo cadáver antes que como un cobarde, ante tanta gente que lo contaría sin fin ya para siempre”. Esos toreros temen el horror narrativo más que a la peste, el mal paso último que los defina, para ellos su final sí cuenta mucho, como para Dick Dearlove y casi cualquier personaje público, me imagino, cuya historia está a la vista de todos en todos sus tramos, o en sus capítulos, hasta el desenlace que acaba marcándola entera, o que le da injusto y falaz sentido’. Y luego

no pude evitar soltarlo, aunque interrumpiera con ello a Tupra, brevemente. Pero era una aportación a lo que él decía, y una manera de fingir el diálogo:

—A eso lo llamamos en español ‘vergüenza torera’. —Y dije tal cual las dos palabras, para a continuación traducíselas—. *‘Bullfighter’s shame’*, literalmente, o *‘sense of shame’*. Otro día te explicaré en qué consiste, aquí no tenéis toreros. —Pero ni siquiera estaba seguro de que fuera a haber otro día, en aquel momento. Ni un día más a su lado, ningún día.

—Bien, pero no te olvides. No, no tenemos. —Tupra sentía siempre curiosidad por las expresiones de mi lengua sobre las que de tarde en tarde yo lo ilustraba, cuando venían a cuento y eran llamativas. Pero ahora me estaba ilustrando él a mí (ya sabía hacia dónde iba, y también él o su camino me provocaban curiosidad, más allá del rechazo al término del trayecto que preveía), de modo que prosiguió—: De eso a dejar morir a otro para salvarse hay sólo un paso, y a procurar que sea ese otro quien muera en lugar de uno mismo, y hasta a propiciarlo (ya sabes, es él o yo), tan sólo uno más y muy corto, y ambos se dan fácilmente, sobre todo el primero, lo da casi todo el mundo en una situación extrema. Por qué si no en los incendios de teatros y discotecas muere más gente aplastada y pisoteada que abrasada o asfixiada, por qué en el hundimiento de un barco hay quienes ni siquiera esperan a llenar un bote antes de descolgarlo, con tal de alejarse ellos pronto y sin carga, por qué existe esa misma expresión de ‘Sálvese quien pueda’, que supone prescindir de todo miramiento hacia los demás y reinstaurar de

pronto la ley de la selva, que todos tenemos naturalmente asumida y a la que no nos cuesta volver ni un segundo, aunque llevemos más de media vida con ella en suspenso o manteniéndola a raya. En realidad nos hacemos violencia para no seguirla y no obedecerla en todo momento y en cualquier circunstancia, y aun así la aplicamos mucho más de lo que nos reconocemos, sólo que disimuladamente, con un barniz de civilidad en las formas o bajo el disfraz de otras leyes y regulaciones respetuosas, más lentamente y con numerosos rodeos y trámites, todo es más trabajoso pero en el fondo es la ley que rige, es la que manda. Así es, piénsalo. Entre las personas y entre las naciones.

Tupra había dicho el equivalente inglés de ‘Sálvese quien pueda’, que quizá denote aún menos escrúpulos, *‘Every man for himself’*, esto es, ‘Cada hombre por su cuenta’ o ‘Cada uno a lo suyo’: que cada uno mire por su pellejo y se ocupe de sí mismo tan sólo, de ponerse a salvo por cualquier medio, y allá se las compongan los otros, los más débiles, torpes, ingenuos y tontos (también los más protectores, como mi hijo Guillermo). En ese instante se permite implícitamente empujar y arrollar y pasar por encima soltando coces, o abrirle la cabeza con el remo al desgraciado que intente retener nuestro bote y subirse a él cuando ya se desliza hacia el agua conmigo y con los míos dentro, y nadie más nos cabe, o no queremos compartirlo ni correr así el riesgo de que nos lo vuelquen. Con ser las situaciones distintas, esa voz de mando pertenece a la misma familia o género que otras tres, las que ordenan fuego a discreción, una matanza y una desbandada, una huida en masa: la que autori-

za a disparar a mansalva y sin ningún criterio, a quien uno aviste y a quien uno pille, la que insta a pasar a bayoneta o cuchillo y a no hacer prisioneros ni a dejar cuerpo vivo ('Sin cuartel', es el aviso, o aún peor, si es 'A degüello'), y la que urge a salir corriendo, a retirarse con las filas rotas e indisciplinadas, *pêle-mêle* en francés o *pell-mell* en el inglés que lo calca, es decir, en tropel o atropelladamente; o bien dispersas, cada soldado en una dirección acaso y no hay suficientes para separarlos, atento sólo a su instinto de supervivencia y desentendido entonces de la suerte de sus compañeros, que ya no cuentan y en realidad dejan de serlo, aunque vayamos aún todos uniformados y sintamos el mismo miedo en la fuga única, más o menos.